

NUEVA YORK

27 DE ABRIL DE 1937

22:54 P.M.

—No te chupes la oreja.

—Oh, vamos papá, ¿por qué me dices eso ahora? ¿Crees que es el momento de enseñarme modales?

—Te lo digo, primero, porque soy tu padre. Segundo, porque alguien podría verte. Y tercero, porque no es forma de recibir el fin del mundo.

—¿Verme? Pero si están todos muertos. No queda nadie en pie. Esos cabrones...

—¡Modera tu lenguaje!

—Esos CABRONES, papá, han matado a todo el mundo en el recinto. A Amra y a su mujer los han despedazado. A Shiva la han partido en dos. Y cuando no podían acceder a las celdas por culpa de los barrotes, enviaban hordas de sus crías para que se escurrieran a través de las rejas y devoraran a los inquilinos. Sólo nosotros hemos podido con ellos, y nos ha costado una buena cantidad de sangre. Nadie va a ver cómo me chupo la oreja porque han muerto toooooooooooooodos...

—Tu amigo se ha salvado también, porque es como nosotros. Por cierto, espero que no tarde en volver. Tenemos que decidir qué hacer.

—Papá, no esperes mucho de él. Es un simple payaso de circo. Le quiero mucho, me cae bien, somos colegas, pero deja mucho que de-sear como piloto. Ha sido una locura enviarlo a investigar.

—¿Prefieres subir a un rascacielos y otear desde allí?

—No... Tenemos fobia a las torres, y lo sabes.

—Pues entonces tu amigo es nuestra mejor fuente de información ahora. Lástima que no frecuentes otro tipo de amistades. No me gusta que te juntes con gente de la farándula.

—Papá, tú perteneces al mundo de la farándula.

—¡Yo soy un actor reputado, no un feriante! ¡He participado en cuatro películas! ¡He sido cabeza de cartel en el más espectacular montaje de *Aída* que jamás se haya representado sobre suelo estadounidense! Tu padre es una estrella, no compares.

Padre e hijo miran hacia el cielo. Los edificios se recortan contra la noche estrellada y las columnas de humo que se elevan por toda Manhattan. Las estructuras monolíticas y la humareda les traen recuerdos de un pasado muy lejano. Malos recuerdos. La ciudad podría haber sido invadida en su totalidad, pero los disparos (y algo que parece música) que suenan cada vez más cerca indican que queda algún foco de resistencia y que las hordas de anfibios que surgieron del océano, del Hudson y del East River no han conseguido matar a todos los habitantes de la isla a pesar de un asedio que ha durado dos semanas.

Padre e hijo han visto morir a todos sus colegas sin poder hacer nada por salvarlos. Han aguantado espalda con espalda las avalanchas de profundos, el hambre, el sueño, el sufrimiento, mientras la ciudad se iba apagando a su alrededor. Y con el tiempo, combate tras combate, dedujeron que eran superiores a sus atacantes y que, en cierto modo, los hombres pez sentían temor ante ellos.

—Mira allí, papá, ya viene.

El pequeño payaso todavía conserva parte del maquillaje de su última actuación en público. Sin embargo, al sobrevolar las zonas incendiadas de Nueva York se le ha pegado al cuerpo un oscuro hollín que, sumado a los restos de pintura circense, le da un aspecto de camuflaje militar urbano. Majestuosamente, se posa junto a padre e hijo y pliega las orejas que le sirven de alas.

—¿Y bien? —dice el padre.

—Da mucho miedo. Arf, arf... He ascendido a altura de zeppelin y todo el estado de Nueva York está a oscuras, incendios aparte. Y más allá. La única zona que permanece encendida es Times Square. Arf, arf... Deben de contar con un generador autónomo. Allí se han parapetado los últimos defensores de la ciudad. Parece ser que van a atraer hacia ellos a los profundos. Pretenden apartarlos del estadio de los Yankees, en el Bronx, donde hay refugiados civiles a los que evacuarán hacia el norte.

—¿Y cómo te has enterado de sus planes? ¿Te has acercado? ¡¿Te has dejado ver?! —pregunta el hijo.

—¡Claro que no! Me he mantenido a una distancia prudencial. Pero estas orejas no sólo sirven para volar. No te imaginas lo que puedo escuchar a larga distancia si...

—Entonces —interrumpe el padre—, desde tu punto de vista, ¿crees que tienen alguna posibilidad?

—Han apostado artillería, soldados y voluntarios armados en distintos puntos de Yonkers para proteger las orillas del Hudson y a lo largo de New Rochelle para controlar el East River. Las patrullas se moverán hacia el norte protegiendo a los casi mil civiles que, cuando dejen de estar asediados, saldrán del estadio. Arrf, coff, coff... Planean atraer con sonidos repetitivos y música a los profundos que asedian el estadio, dirigirlos al sur, hacia Times Square, para que quede abierto un corredor hacia el norte. No he podido comprobar si el plan funciona o no porque es imposible sobrevolar Manhattan con tanto humo.

—¿Por qué hacia el norte?

—Porque todos los accesos a Manhattan en las demás direcciones están cortados. Los puentes están infestados de criaturas y los túneles Lincoln y Queens han sido inundados. Y, claro, eso quiere decir que también estarán llenos de profundos. Hacia el norte todavía tienen alguna oportunidad, en dirección a Albany o en las colinas de Bedford. Es lógico, quieren alejarse del mar, de los ríos, de los lagos. Han comprobado que los profundos se mueven con más lentitud a medida que se alejan del agua, son más torpes, pierden capacidad de coordinación de sus miembros, se deterioran.

—Pero encontrarán otras criaturas. Recuerda lo que oímos decir a los guardias antes de que dejaran sus puestos: en Boston, Houston,

San Diego y otras ciudades repartidas por todo el país las descripciones de los atacantes variaban. Y en ocasiones, hasta dos o tres clases de monstruos lanzaron una ofensiva a la vez, aunque acabaran luego devorándose entre ellos.

—Nueva York ya es un cementerio. Es indefendible. Comprendo que quieran huir hacia el interior.

—Pues tomemos la misma ruta, papá. Salgamos de Manhattan antes de que sea demasiado tarde.

—No puedo.

—¿Qué? ¿Por qué no puedes? Nosotros SÍ podemos con ellos.

—Porque debo quedarme y ayudar. Si la maniobra de distracción funciona, los humanos que huyan hacia el norte podrían salvarse. Necesitan que distraigamos a los profundos un buen rato. Por eso, Dumbo y tú iréis con ellos. Los escoltaréis y los defenderéis en caso de que los ataquen. Yo me uniré a los que resisten en Times Square.

—¡Me niego! ¡No pienso hacerte caso! Y no voy a arriesgar el pellejo por una raza que nos caza por deporte, nos encierra en zoológicos o nos convierte en atracciones de circo...

—Pues a mí me gusta trabajar en el circo —interviene Dumbo.

—¡No me interrumpas, *orejotas!*

El padre levanta la trompa para imponer orden. Emite un barrido de enfado que hace temblar los barrotes del zoológico. Ambos adolescentes saben lo que les conviene y dan un paso atrás. Tantor, que no ha abandonado su nombre original en idioma mangani y consiguió que lo mantuvieran en las cuatro películas que rodó junto a Johnny Weissmüller, recupera la compostura. Sabe que la situación es extremadamente complicada y que de sus dotes de persuasión dependerá la vida de su hijo y de su amigo.

—Babar, hijo mío... Los humanos son estúpidos y por eso morirán. Pero debemos remontarnos a la antigüedad, a cuando nuestra especie se comprometió a defenderlos en momentos como estos, y mantenernos siempre fieles a nuestra promesa, con la esperanza de que llegue una nueva era en la que humanos y elefantes convivan en paz —Tantor acaricia la cabeza del chico—. Quiero, por favor, que atraveséis Central Park y os unáis a los humanos en su huida hacia el norte. Primero se asustarán al veros, mantened la distancia, pero se confiarán cuando

vean que los profundos os tienen miedo y que podéis vencer con facilidad a los que se atreven a atacaros. Y sed pacientes si lo primero que hacen después de comprobar que sois sus aliados es poner sobre vuestra grupa a sus hijos. Yo también lo haría.

—¿Y qué sucederá contigo, papá?

—La guerra se ha perdido. Sólo puedo ayudarles a ganar tiempo y quizá así algún grupúsculo humano consiga establecerse en un lugar seguro y conservar algo de la civilización que fue, a la espera de que alguien encuentre una manera de enfrentarse a estas monstruosidades primigenias. Si superan el miedo, la locura, el hambre, el acoso de estas criaturas, las enfermedades y la discordia que siempre surge entre ellos, quizá tengan una posibilidad. Quizá no se extingan y puedan comenzar de nuevo. Lucharé hasta mi último aliento y tú, Babar, estarás siempre en mis pensamientos, allá adonde vaya.

Dumbo empieza a extender las orejas.

—¿Y luego, si conseguimos poner a salvo a los humanos, qué hacemos?

—Rezad a Yogah y seguid vuestro instinto. Los elefantes de todo el planeta sentirán la necesidad de encontrarse con otros de su misma especie y de buscar también un lugar donde instalarse —Tantor empieza a empujar a los chicos hacia la calle 59, donde encontrarán una de las entradas a Central Park—. Y un paquidermo no ha volado desde los tiempos de las guerras en Yag, así que es posible que te adoren como a un dios, Dumbo. Aprovéchalo y hazte valer.

Babar da la vuelta y abraza a su padre. Lloro desconsoladamente. Tantor le tranquiliza con su trompa.

—¿Papá, por qué nosotros? ¿Si el mundo tal como lo conocemos se acaba hoy, por qué vamos a ser de tanta ayuda?

—Porque a diferencia de los pobres humanos, ante los horrores insondables y las monstruosidades arcaicas que se ciernen sobre este planeta, los elefantes no perdemos la cordura.

Una docena de manzanas más abajo, en efecto, los carteles de neón de los anuncios, los escaparates de tiendas y restaurantes y las farolas funcionan a toda potencia gracias a un generador a gasolina que el profesor Alonso ha instalado en un camión militar con el que ha viajado

desde Princeton. Ellos no lo saben todavía pero son la única isla de luz en un mar de oscuridad. Todos los Estados Unidos se han apagado, y en la mayoría de ciudades, las abominaciones que han declarado la guerra a la humanidad pasean sus deformes figuras en busca de comida, capturan personas y animales para envolverlos en burbujas conservantes, y extienden su stirpe sin que nadie pueda detenerlos.

El profesor Alonso observa los carteles que le rodean: Chevrolet, Planters and Peanuts, Coca-Cola, Sunkist Orange, Judy Garland in Person. Parece como si esa parte de la ciudad quisiera mantenerse ajena al genocidio que asola Manhattan, el país y, seguramente, el mundo. Pero los focos que anunciaban los grandes estrenos de cine o de teatro ya no alumbran el cielo nocturno, sino que enfocan, desde las barricadas, la oscuridad que envuelve las calles de la ciudad, los coches abandonados, los cuerpos esparcidos junto a las pertenencias con las que pretendían escapar, los cuerpos de los anfibios devoradores de cadáveres que han sido abatidos por las armas de los defensores. Porque al bajar la vista a nivel del asfalto, todo cambia.

Times Square es un cuadrilátero irregular situado en el Midtown Manhattan, rodeado de altos edificios y con cuatro entradas, dos desde Broadway (norte) y dos desde la 7ª Avenida (sur). Ambas calles cruzan la plaza. Es el último reducto humano de los Estados Unidos de América con capacidad para defenderse con cierta dignidad, y se debe más al coraje de los asediados que a la efectividad de sus armas.

El comisario de policía Marcus Corvo agarra al profesor Alonso por el brazo y se lo lleva a pasar revista.

—¿Por qué se pone siempre ese gorrito tan gracioso, profesor?

—Mantiene ordenada mi actividad mental. Si no lo llevo, se me escapan la ecuaciones por los capilares.

Corvo se unió a la defensa de Manhattan cuando estalló la crisis. La Unidad de Cazafantasmas de la Sociedad de Naciones convocó en su sede de Nueva York a sus principales efectivos de la Costa Este. Marcus Corvo tenía experiencia con los profundos. Fue reclutado por la U.C.S.N. tras su encuentro con esa especie en 1927, en Chicago. Por desgracia, la situación empeoró rápidamente hace semanas y Marcus quedó atrapado en NY junto a otros famosos operativos como Andrew Palomine, Maxwell Grant, Doc Savage, Belila Lázarus, el

profesor Alonso, Milton O'Roke o Travis Morgan antes de poder trazar un plan de contingencia. Las salas de reuniones se vaciaron y todos los que habían llegado de otras partes del país (la Doctora Lázarus desde Arkham, condado de Essex, y Alonso desde la Universidad de Princeton), viéndose atrapados, se unieron a la resistencia, ayudando con sus conocimientos tanto científicos como paranormales a contener las hordas de anfibios llegados desde las zonas marítimas y fluviales.

—¿Alguna noticia de la expedición de Alejo, profe? —pregunta el comisario mientras se encaminan a la zona sur, hacia la calle defendida por la U.C.S.N. Cada barricada pertenece a un colectivo. Aunque el objetivo común es matar a cuantos más profundos mejor, un codazo inoportuno, una disputa por una caja de munición o una discusión sobre los turnos de guardia ha causado ya varias peleas porque la convivencia entre militares, policías, mercenarios, voluntarios, gánsteres e investigadores de lo desconocido no es fácil.

—Nada. No contestan a los mensajes de radio ni a los textos enviados a las máquinas de escribir. Es como si el Gigamesh hubiera desaparecido de la faz de la Tierra. Tampoco responden los barcos señuelo que enviamos al norte y al sur, el Sea Star y el Akademik Vladislav Volkov. Me temo lo peor.

Alonso y Corvo miran a un grupo de personas que yacen en literas o en sofás sacados a la calle, bajo la marquesina de la librería Alabama Withman. Son heridos y desequilibrados a cargo de la doctora Belila Lázarus y un grupo de enfermeras voluntarias. Ambos conocen su relación sentimental con Alejo, un filántropo millonario que partió hacia el Círculo Polar Ártico en busca de “algo” con lo que enfrentarse a una invasión como la que ahora asolaba el mundo. Tarde. Estaban todos condenados.

Los accesos a Times Square habían sido obstruidos con barricadas: cajas, muebles, sacos de arena, coches volcados, mobiliario urbano. En el acceso este, 7ª Avenida, los agentes de la Unidad de Cazafantasmas se apostaban sobre las barricadas armados con todo lo que habían podido conseguir y con algunos prototipos ideados por el profesor Alonso. A la derecha de la barricada, sobre la acera, Marcus comprueba las tapas del alcantarillado sobre las que habían amontonado cajas fuertes, pianos, sacos de patatas, vigas de hierro, todo lo que pudiese

impedir que los profundos atacaran desde el subsuelo. En algunos accesos, sobre todo en las rejillas que daban al suburbano, a pesar del peso que ejercía de cierre, las embestidas de los profundos eran tan violentas que provocaban que las pilas de objetos saltaran ostensiblemente, lo que obligaba a recolocarlas cada cierto tiempo.

Los defensores, agotados y doloridos, saludan a Alonso y a Corvo. No se trataba del saludo propio del cambio de guardia, sino de un gesto de despedida, se desean buena suerte. Son conscientes de que llega el fin.

Los dos compañeros siguen caminando.

—Me han dicho que el plan funciona. Desde el sur del estadio de los Yankees, las bandas de música han empezado a tocar y nuestros mejores corredores están haciendo ruido con palos y cubos de basura y los están atrayendo hacia aquí. Los anfibios se han ido retirando del cerco que rodeaba la instalación. La parte norte ya ha quedado despejada y los civiles han empezado a salir en pequeños grupos. Policías, soldados y un grupo de escoria criminal les escoltarán hacia el interior.

—Me parece muy bien, Marcus. Pero recuerde que esa es una táctica que se utiliza contra los zombis. Y los profundos no son zombis.

—¡Pero siguen el sonido, se sienten atraídos por él! Tanto que hasta parece que ignoren el olor a carne humana.

—Lo sé, y es un buen plan. El único que tenemos. Lo que le digo es que con los zombis tenemos claro que seguirán el sonido y que es posible atraerlos a donde sea necesario para controlarlos o eliminarlos, porque lo han testado nuestros operativos en la Guerra Civil española y a los ingleses les funcionó durante la infestación en Zululand, en 1879. Pero los profundos son más jodidamente listos. Cuando lleguen aquí, no sabemos cómo reaccionarán.

—Poco importa. La finalidad del plan es ganar tiempo —el comisario se encamina a la otra barricada, donde lo peor del hampa fuma y bebe como si les fuera la vida en ello, y no van mal encaminados. A Corvo le pone nervioso ver tanta Thompson y tanto calibre 45 en manos de delincuentes, pero también debe reconocer que, durante los días de la defensa de Manhattan, las bandas procedentes del crimen organizado defendieron sus barrios, sus territorios y sus negocios, con

ñas, dientes y mucha pólvora. Pocos desertaron. Prefirieron trabajar juntos, incluso aliarse con el departamento de policía, antes de quedar como cobardes ante los jefes rivales al intentar escabullirse mientras los neoyorquinos eran diezmados por los invasores. Tenían la seguridad de que el último clan que quedara con vida heredaría lo que quedara de la ciudad de Nueva York. Hasta las ratas se largaron a toda prisa por las alcantarillas mientras el mundo del hampa se parapetaba alrededor de cajas llenas de productos de contrabando.

El profesor Alonso, en cambio, pensaba más bien en quién iba a heredar la Tierra.

Además, si James Cagney se quedaba, ellos se quedaban. Y allí estaba el actor, sentado jugando a las cartas, con una Remington del 12 sobre las piernas y rodeado de la élite de la escoria de Manhattan, dispuesto a morir sobre el escenario si el guion lo exigiera.

—¿Por qué no se ha marchado, profe? Podría haber llegado fácilmente al Bronx hace unos días.

Alonso señala a la Doctora Lázarus, ahora más cerca de ellos, intentando tranquilizar a un soldado que, presa del pánico, asegura haber visto una gran masa negra repleta de algo parecido a ojos y apéndices sensoriales. Y un elefante volador. La mente humana no ha sido creada para soportar ciertas visiones que van más allá de nuestra comprensión.

—Porque no puedo dejarla sola. Hemos sobrevivido a tantas cosas juntos, con la gente de Alejo, con los equipos de la U.C.S.N., que prefiero permanecer a su lado hasta que esta noche se apaguen las luces y no salir huyendo y envejecer al servicio de Dagón y sus muchachos.

—Le entiendo.

Las otras barricadas, defendidas por militares e integrantes de la guardia nacional en Broadway, y por agentes de policía en la 7ª Avenida, son las más reforzadas, las que apuntan hacia la zona norte de la ciudad. Desde allí, se supone, llegarán los anfibios siguiendo el *pom-pom-pom* de los cubos de basura y los acordes de Benny Goodman.

Suena un disparo desde uno de los primeros pisos de los edificios. Marcus Corvo divisa una pequeña columna de humo que se eleva desde una ventana próxima al anuncio de Coca-Cola. Grita en esa dirección:

—¡¿YA LLEGAN?!